

### **EL SER HUMANO, NO EL PACIENTE, REQUIERE AYUDA.**

**Georg Groddeck**

Cuando uno ha alcanzado los 60 años de edad, es aconsejable reunirse y comunicar lo que uno sabe o cree que sabe. Si uno tiene suerte, encuentra una forma adecuada para esto: para algunos esto significa ponerse el solemne manto de una seria aspiración, otros recitarán su sabiduría con un dedo índice alzado enfatizando su importancia, otros conversarán y señalarán guías de manera entretenida; yo no puedo hacerlo sino no es hablando conmigo mismo, esa es la forma mediante la cual me he expresado desde mi infancia.

¿Qué es lo que sucede dentro de mí cuando me enfrento como médico con un ser humano que es un paciente? Lo mismo que les sucede a los otros médicos: trato de averiguar qué tipo de persona me pide ayuda. Con esto, ya estoy profundizando en el examen y el tratamiento, lo decisivo ya ha sucedido: porque lo decisivo es que estoy tratando con un ser humano, que este ser humano está sufriendo y que me pide ayuda. Si esta persona está enferma en el sentido médico aceptado o no, no tiene nada que ver con lo que sucede primero; no es importante si yo, el médico, lo considero enfermo o no, no espera conocimiento de mí sino ayuda. No es la enfermedad sino el ser humano el que necesita ayuda. Como médico no estoy preocupado por la enfermedad sino por el ser humano.

La idea de que el médico tiene que hacer un diagnóstico para poder ayudar sigue siendo predominante en la práctica médica, aunque gradualmente otros enfoques están ganando terreno. Pero el público general no puede entender que un médico pueda hacer su trabajo sin preocuparse por el diagnóstico, para categorizar una enfermedad específica; incluso el médico aficionado, el charlatán de uso común, refuerza el deseo del público de considerar la enfermedad como algo importante. Pasarán décadas antes de que el diagnóstico del ser humano sea una costumbre general. Los errores del experto -y nuestro tipo de diagnóstico constituyen el error de un experto- continúan mucho después de que los expertos los hayan reconocido como tales; son aglomeraciones resistentes e inertes difíciles de eliminar. Es por eso por lo que el médico que se toma en serio su profesión y la disfruta tendrá que repetirse una y otra vez: diagnosticar una enfermedad es de poca utilidad, a menudo se puede prescindir de ella y, a menudo, ello es muy, muy perjudicial. Lo que se necesita es reconocer al ser humano o más bien hacer conjeturas sobre él, ya que el reconocimiento casi nunca es posible. El médico no tiene nada que hacer con la enfermedad, esto es asunto del patólogo, el médico como tal tiene que tratar con un individuo específico que ha acudido a él en busca de ayuda, todo lo demás es de su interés sólo en la medida en que pueda ser utilizado para el tratamiento. Sólo hay tres cosas que deben observarse al comenzar el tratamiento: el ser humano a ser tratado, su solicitud de ayuda y su relación con la persona a la que le pide ayuda. Estos son los materiales de diagnóstico, todo lo demás en comparación es de interés secundario.

Uno podría pensar que es fácil seguir estas instrucciones; pero no lo es. Por el contrario, se podría decir que este tipo de diagnóstico es la tarea más difícil del médico y que esta tarea no puede resolverse por completo. Esto es muy difícil de explicar debido a que estas áreas del diagnóstico son generalmente descuidadas. Casi siempre la atención del médico se enfoca primeramente en establecer la naturaleza de la enfermedad -en examinar y decidir qué medidas tomar, cómo combatirla. El hecho es que el ser humano individual debe ser descubierto por todos los medios disponibles, con todos los esfuerzos, si es posible con todas sus preocupaciones vitales, ya que el médico no está lidiando con enfermedades, ni siquiera con personas enfermas o que sufren, sino con personas necesitadas de ayuda que a menudo, en su mayoría, no están enfermas o cuyas enfermedades son de importancia secundaria; y que en el momento cuando la

persona que está buscando ayuda encuentra a quien lo puede ayudar sucede algo totalmente nuevo, este resulta ser, a saber, el aspecto más importante del diagnóstico y el tratamiento, el que se establezca una relación entre la persona que busca ayuda y quien lo puede ayudar y viceversa, aunque esto es solo conocido por muy pocos y aquellos que lo saben rara vez pueden usar su conocimiento porque no son dioses, se protegen del enemigo de toda dolencia y divinidad, vanidad.

Espero que se entienda que he estado hablando de mí mismo cuando estaba siendo tan crítico. ¿De quién más estaría hablando yo que sé muy poco, de hecho, casi nada, de los demás? Soy lo suficientemente mayor -lo dije anteriormente para poder hablar sobre mí, exclusivamente sobre mí; les ruego que no lo olviden: lo que estoy escribiendo aquí es un soliloquio. No olviden que es un ser humano quien se dirige a Uds., aquí. Recuerden aquello que saben de los seres humanos, y que la primera virtud de los médicos, es la humildad, lo que será suya automáticamente; porque saben lo poco que saben. Por supuesto, podrían decir que aquí hay alguien que no es ni una silla ni una alfombra, ni un animal ni una flor, ni una piedra ni madera.

Sin embargo, ¿es verdad lo que estoy diciendo? No. Una persona es en realidad animal y flor, piedra, madera, alfombra y silla también.

Pero cuidado, si Ud. intenta apartarlo ahora de su conexión con el universo, no olvide cuántos errores provoca y debe provocar este intento de aislamiento, errores que, perpetrados miles de veces, han acumulado tantos escombros a su alrededor que requiere toda su fuerza y toda su grandeza para levantar los ojos sobre el conjunto. Si aísla al hombre y niega que sea animal y flor, piedra y madera, entonces será como una persona que no hace nada más durante toda su vida sino mirar a través de un microscopio: estará en peligro de negar el cielo, la tierra y las estrellas, ya que no puede mirarlos con un microscopio. Recuerda que el ser humano frente a ti es un fragmento arbitrario de tu falta de imaginación, ciertamente no aquello que crees que puedes ver en él, y que expresas como probabilidad miserable cuando afirmas: este ser humano es de esta forma o de esta otra.

Por supuesto, no se puede evitar cometer este error inevitable cuando se quiere tratar a alguien, pero se debe saber que es un error; de lo contrario, se tendrá menos comprensión que un simple aborigen. Se deben, además, aceptar los errores científicos; la vida es intensa y no permite colapsar debido a la ignorancia. Sin embargo, se debe ser aún más honesto y admitirse a uno mismo que se está violando una parte aislada del mundo si se la considera como una entidad en sí misma. Esto no es verdad. Debes saber que esta entidad creada artificialmente por uno es una multiplicidad de mil millones de veces, es un conglomerado de multiplicidades innumerables e inconmensurables que son independientes y, sin embargo, están condicionadas por todo el hombre. Cada célula, cada núcleo celular, cada pequeña partícula vive su propia vida. ¿Se es tan tonto como para que una quiera saber lo que no se puede saber?

Es cierto, que yo soy lo suficientemente valiente como para saber, a pesar de todo, y como cualquiera, que soy capaz de equivocarme, pero yerro a sabiendas, y a veces recuerdo que yerro. Y este recuerdo es importante. El peligro del hombre es su vanidad, es su peligro y su mayor fortaleza. Es difícil ayudar a aquellos que no pueden entender esto.

El ser humano debe ser diagnosticado de muchas maneras posibles de espectro, profundidades, planos y síntomas de acuerdo a su naturaleza, en todos los elementos que comparte con todos los seres humanos y en aquellos que parecen peculiares sólo a los individuos, y lo cual a la mirada de los mayores siguen reduciéndose: su forma y la forma de sus extremidades, sus partes externas e internas, y todas sus funciones, desde respirar, dormir, moverse, digerir, latidos cardíacos hasta hablar, pensar, sentir. El Ello, nos habla en mil idiomas, en voz alta y en silencio, vacilante y descaradamente, en párrafos bien compuestos, fáciles de entender y en interjecciones rápidas, y ocasionalmente en una especie de galimatías que suena infantil e incluso loco y, sin embargo, tiene sentido si se es paciente escuchando. Ocasionalmente, necesitamos alguna prueba física o química, una radiografía, un chequeo del corazón, un examen del tórax, un examen de las cavidades ocultas y cualquier otra cosa que pueda haber en el camino de posibles investigaciones médicas. Sin embargo, todas estas cosas que parecen conformar el trabajo del médico son sólo necesidades ocasionales, no significan mucho en términos de todo el negocio médico, ellos en su mayoría son prescindibles y nunca deberían ser lo más importante en la práctica médica, y mucho menos ser dejado solo con todos estos contenidos. No todos los que acuden a un médico exigen ayuda contra su enfermedad, la mayoría de

las personas simplemente buscan ayuda de cualquier clase, y la mayoría de ellos no reciben mucha ayuda cuando se recuperan de su enfermedad.

El ser humano, no el paciente, va al médico, el ser humano, no el paciente, pide ayuda. Ciertamente, la forma más breve y fácil de ayudar es a menudo abordar su enfermedad, pero no necesariamente, porque la enfermedad es simplemente una forma de expresión utilizada por el sufrimiento que enfatiza vociferantemente su enfermedad para poder ocultar mejor su secreto más profundo.

Estudiar al hombre es, en última instancia, el deber más importante del médico, y nuestras investigaciones del siglo pasado han estado muy poco preocupadas por eso. Incluso se puede decir sin ambages que hemos olvidado mucho de lo que nuestros antepasados sabían y aquello que es de urgencia para el médico y también para el estudioso -aunque yo no sería tan audaz como para juzgar a esta extraña especie humana.

El hombre no es siempre el mismo, todos lo saben; cambia constantemente, pero ¿quién recuerda que cambia constantemente? ¿Quién por lo tanto rehuiría hacer un diagnóstico y, sin embargo, sabemos de este cambio ininterrumpido en la naturaleza del hombre? -Por supuesto, seguimos el curso de la enfermedad y cambiamos nuestro diagnóstico, cuando la función del médico consiste en descubrir no la enfermedad sino la persona que está buscando ayuda, y no seguimos sus cambios o al menos, no lo suficiente. Así que, inevitablemente, todas las cosas esenciales sobre las personas que vienen a nosotros nos permanecen ocultas; ellos son pacientes, personas enfermas no seres humanos; estar enfermo para nosotros sigue siendo algo esencialmente diferente de estar bien, todavía no reconocemos la ambivalencia de la vida, todavía pretendemos que la enfermedad es un mal, como si no fuera tan sublime en el lenguaje de la enfermedad como lo es en el lenguaje de la pintura o escritura de la poesía o la investigación. Todavía no entendemos que, en la enfermedad, se expresan pensamientos tan profundos como en los evangelios y que anuncia en ambas formas lo mismo: ¡Contempla la grandeza de Dios y el milagro del hombre!

El hombre cambia; no hay duda; y, sin embargo, él siempre permanece igual; eso también lo sabe todo el mundo. Nadie confundiría a un ser humano con un perro o un mosquito. Sin embargo, también olvidamos esto cuando llegamos al diagnóstico. De lo contrario, no sería posible que dos hechos fundamentales que forman parte de cada diagnóstico honesto, rara vez se mencionen en la literatura médica; en primer lugar, que el hombre es bisexual, que todo ser humano es hermafrodita, que nunca ha habido una criatura que es solo hombre o solo mujer; y en segundo lugar, que ese hombre es atemporal, que nunca es niño, ni adulto, ni anciano, sino siempre los tres simultáneamente, y que la edad adulta y la vejez no son nada en comparación con ser un niño si uno pesa las tres etapas evolutivas de acuerdo con su importancia para el individuo. La oración: si no te vuelves como un niño, no entrarás en el reino de los cielos, se puede cambiar de manera segura a: como todos ustedes son niños, están todos en el cielo. Lamentablemente, nadie se toma con facilidad el hecho de que es un niño; los veinte y los sesenta años están tan obsesionados como los seis por el deseo de ser adultos, y como esto rara vez ocurre, al menos actúen como si lo estuvieran; lo cual es ridículo, por supuesto.

Como es mi intención darles sabor a estos soliloquios con ejemplos ocasionales, contaré una historia aquí. Se trata de una criada, se quejaba de un dolor violento en el área del corazón, fue examinada, se encontró que tenía una válvula cardíaca defectuosa, se le mostró el agrandamiento cardíaco en su radiografía, se descubrió que tenía un dolor intenso en el séptimo nervio intercostal; se observó hinchazón desde los pies hasta las pantorrillas y todo esto se utilizó para hacer el diagnóstico: insuficiencia mitral -un cierre defectuoso de la válvula. Descanso, cuidadoso cuidado, digitales tomados internamente. No hay nada que objetar ni en el nombre de la enfermedad ni en el tratamiento. Solo que el tratamiento no funcionó y el diagnóstico, el nombre de la enfermedad, es incorrecto. Al menos esta es la conclusión que extraigo del curso posterior de la enfermedad.

La chica tenía una pelusa negra tenue en el labio superior, algo que es bastante común y parece ser particularmente atractivo para ciertos hombres, según me han dicho. Después de un tiempo, cuando se había vuelto más confiada, me dijo que tenía que afeitarse el bigote de vez en cuando, de lo contrario su boca se veía demasiado fea. ¿No habría sido aconsejable si el médico hubiera tenido en cuenta este signo obvio de la masculinidad de la niña antes de decidir el nombre de la enfermedad y el tratamiento con digitalis? Quizás

entonces habría notado que el dedo índice derecho estaba rígido como resultado de una úlcera. Además, si se hubiera dado cuenta de que esta chica decididamente tímida tenía un corte de pelo de chico de revista, que su cabello estaba partido como el de un niño, que su primer nombre era Friederike, podría haber decidido aprender un poco más sobre los aspectos masculinos de la personalidad de esta mujer. Pronto guiado por la evidencia y el comportamiento de la niña, probablemente habría comenzado a dudar si la ausencia del período menstrual durante más de un año se debía realmente a la supuesta enfermedad cardíaca o si podría entenderse como una expresión de deseos masculinos. Quizás hubiera sido lo suficientemente herético, contra todas las reglas de la ciencia médica, para tomar la hinchazón de los pies y la rigidez del dedo como un símbolo de erección y no como consecuencia de una actividad cardíaca defectuosa. En resumen, se habría sentido obligado a explorar al ser humano y, dado que esta es una historia real, pronto se habría dado cuenta de que esta niña estaba en manos de un amor homosexual desesperado que torturaba su corazón y su conciencia. Le habría contado poco a poco como me lo contó; si tan solo hubiera recordado que uno de los principios fundamentales del diagnóstico es establecer cuánta masculinidad hay en las pacientes femeninas y cuánta feminidad hay en los pacientes masculinos. Finalmente, una nueva radiografía, la desaparición del agua de los pies, los sonidos del corazón, la recurrencia de la menstruación y el cese del dolor le habrían enseñado que no se trataba de una válvula cardíaca defectuosa. En particular, -y es por eso por lo que menciono este caso-, él se habría enterado de que esta niña había elegido su enfermedad porque la enfermedad e incluso la muerte habrían sido más fáciles de soportar por su error y estar mal informando al Ello que el anhelo insatisfecho por las mujeres parecía antinatural a su mente.

Esto puede ser suficiente por hoy.

First published in Die Arche, III, 2 (26.4.1927). Reprinted in Georg Groddeck, Der Mensch und sein Es, Wiesbaden, 1970.

***Volver a Bibliografía Georg Groddeck***  
***Volver a Newsletter-13-ALSF***